

Imprevisión humana.

Luego que D. Alejandro exhaló el último suspiro, el Cura se irguió con aire de triunfo, limpió con el reverso de la mano su frente bañada de un sudor frío y copioso, y dirigió una mirada ávida á los batallones de onzas que habia formado el avariento anciano.

Con las mismas precauciones que el viejo avaro tomaba para que nadie oyese el retintín del oro cuando vaciaba y volvía á llenar su saco de cuero, fué colocando en este el Cura las onzas formadas sobre la mesa.

Aquello le parecia un sueño; veía el cadáver de D. Alejandro á sus pies, palpaba con mano trémula las onzas de oro que la avaricia encarnada habia atesorado para él, y necesitaba hablarse y verse á sí mismo, restregarse los ojos y pellizcarse para convencerse de que estaba despierto y de que real y efectivamente habia cometido un horroroso crimen para apoderarse de aquel dinero.

Continuaba, sin embargo, su operacion de entalegar sin ruido las amarillas, y como para no dejar oír el grito de su conciencia, se decia sonriendo y con aire de burla:

—¡Qué léjos estaba el buen general que con tanta habilidad ordenó su tropa, de pensar que todos sus soldados iban á caer prisioneros y de que él mismo iba á morir en la campaña! ¡pobre vejete! acaso esta es la única batalla que ha dado en su vida y la perdió redonda.

—Pero aguardo!—continuó despues de un momento queriendo atrapar una onza que se le habia escapado de las manos y que rodaba por la carpeta—allá va un disperso.

La onza cayó al suelo desesterado del cuarto de D. Alejandro y produjo un sonido agudo, rebotó y volvió á caer haciendo el mismo ruido.

El Cura se quedó frío é inmóvil. Aquel ruido, que acaso él solo habia escuchado en toda la casa, le parecia mas estrepitoso que el de un disparo de artillería. Pasado un momento se tranquilizó y se inclinó al suelo en busca de la indiscreta moneda que habia rodado hasta muy cerca de una de las yertas manos del cadáver.

—¡Calle!—dijo ya repuesto el Cura—sigue durmiendo el viejo, y donde él no despertó á este sonido mas agradable con mucho que el de la trompeta del juicio, no puede haber en la casa alma viviente que le haya escuchado; pero, hombre—añadió al notar lo cerca que estaba la moneda de la mano sin vida de D. Alejandro—cualquiera diría que la maldita carona esta siente afición por quien la acariciaba tan seguido, y va á provocar nuevos estrujones.

—Pierde cuidado, monona mia—continuó, recogiendo la onza y dirigiéndole á ella la palabra como si pudiera entenderle—en mí encontrarás un amante mas fiel y apasionado que el que acabas de perder.

Aquella onza era la única que faltaba poner en el saco; una vez introducida en él junto á sus compañeras, el Cura ató la boca del talego con la misma correa que lo hacia D. Alejandro, empuñó su hurtado tesoro y se dispuso á volver á su aposento.

En aquel instante se oyeron pasos en el corredor.

El Cura apagó precipitadamente la luz, y sin abandonar su preciosa carga, se puso en dos brincos en su habitacion.

A pesar de estar completamente á oscuras se dirigió con paso firme á la cama, puso en ella el talego y volvió á cerrar la puerta y poner el ropero en estado de que nadie pudiera sospechar que por aquel sitio se habia introducido á la vivienda de D. Alejandro.

Luego se acercó á la puerta que daba al corredor y aplicó el oido; el ruido de pasos habia cesado; todo se hallaba en profundo silencio. El Cura permaneció en expectativa durante algunos minutos y al fin se separó de la puerta diciendo:

—¡Qué niño soy! será el cesante que sale de casa de la tuerta.

Entónces encendió la veladora de aceite que se hallaba al pie del Cristo, y sacando de su colchon que parecia ser el arsenal donde depositaba sus armas, el almacen donde guardaba sus utensilios y la caja donde encerraba sus fondos, algunos sacos pequeños de lienzo, distribuyó en ellos el contenido del saco de cuero, y los introdujo despues en el mismo colchon de donde los habia sacado; cosió luego cuidadosamente la parte de este mueble que habia servido de entrada á los talegos, y santiguándose devotamente procedió á desnudarse y á meterse en la cama con una tranquilidad extraordinaria, como si no acabara de quitarle la vida á un hombre y de robar un caudal.

Pero por muy avezado que estuviera al crimen y por em-

pedernido que fuese su corazon, no podia evitarse de pensar en lo que habia hecho. En vano llamaba al sueño para que le diera el descanso de alma y de cuerpo que necesitaba despues de haber cometido su delito; en vez de ese bálsamo consolador de los que sufren y de los que quieren olvidar con él sus penas ó sus remordimientos, acudian en tropel pensamientos febriles y temores que nada tenian de infundados ni quiméricos.

En ese estado que no es ni el sueño ni la vigilia y que participa de las dos situaciones, el Cura creia ver delante de sí el espectro de D. Alejandro que se le presentaba para echarle en cara su crimen y para recomendarle, ya que le habia cometido, que no le hiciera mas negro y mas horrible despilfarrando en un momento lo que al avaro habia costado tantos años de privaciones y desvelos.

Ya le parecia ver que al dia siguiente, al sacar los pequeños talegos de su escondite provisional para llevarlos á reunir con otros de la misma especie en lugar seguro, se encontraba con que las onzas habian desaparecido y quedaban en su lugar ruedecitas de carton.

Ya creia escuchar una voz severa que le reprochaba el asesinato de D. Alejandro como un crimen inútil, puesto que pocos dias le quedaban de vida al avaro, y conociendo él como conocia el lugar donde se hallaba escondido el dinero podia declararse por sí y ante sí albacea y heredero universal y aplicarse *ipso facto* el numerario.

Pero el Cura no era hombre que se dejaba dominar mucho tiempo por pensamientos de esta naturaleza; pronto los espantó como si fueran moscas pasándose la mano por la frente y se entregó por completo al sueño.

Durmió algunas horas agitado y trémulo; soñó con la cárcel y el cadalso y despertó ya muy entrado el dia cuando se

soñaba en el momento fatal en que el verdugo le pasaba la cuerda al cuello y hacia hundir el piso del infamante tablado.

Tardó algo en reponerse de tan duras emociones y se puso á reflexionar en el hecho que habia llevado á cabo con tanta audacia la noche anterior, y en sus consecuencias.

—El golpe no estuvo tan de lo peor—se dijo—bien puede haber sus seiscientas amarillas por junto, y con esto ya se puede un hombre dar gusto por algunos dias.

Y se dispuso á levantarse.

—¿Qué pensarán—continuó—cuando vean al pobre de D. Alejandro muerto y tirado en el suelo de su cuarto? Creerán que le ha dado un ataque apoplético; fué bueno el pensamiento que tuve de no hacer uso del puñal; este dejaba rastro, mientras que el otro sistema es magnífico é ingenioso; á cualquiera hijo de Adán se le sube la sangre á la hora que ménos lo piensa, y ¡zas! derecho al otro mundo se marcha sin pedirle permiso ni á Dios ni al Diablo. Ahora le tocó á D. Alejandro ¡Dios le haya perdonado! Era bueno—añadió, burlándose como tenia de costumbre—él me regaló esas cuantas onzitas sobre las que he pasado una noche tan infernal; pero, pobrecitas, no tienen ellas la culpa, sino yo, que no parece sino que se me va poniendo corazón de paloma, según lo tierno y sentimental que he resultado. ¡Qué golpe este, la verdad! Ni el que dí con los amigos en la casa de aquel tuno de comerciante que espichó á los cuantos dias me supo como este; y cuidado que aquel fué bocado de cardenal; mal digo, de papa, de archipapa. ¡Pobre de D. Alejandrito! ni pío dijo; voy á guardar como recuerdo el pañuelo que sirvió para el lance; dicen los franceses, y nosotros tambien desde que nos zurraron la pavana en tiempo de Pepe Botellas, que un pedazo de sogá de ahorcado trae consigo la felicidad, con que todo un

pañuelo de la India que haya servido para el mismo uso..... háganme ustedes el favor de decirme lo que traerá.

El Cura, durante la última parte de su monólogo, buscaba en su cabecera y en todo el cuarto el pañuelo en cuestion, pero infructuosamente. De pronto se nubló su semblante, palideció, y dándose una palmada en la frente exclamó con la voz trémula de terror:

—¡Torpe de mí! le he dejado el pañuelo al cuello! Ese maldito covachuelista tiene la culpa de todo; la primera vez que le encuentre en la escalera le he de arrebatár el reloj, que aunque para mí no vale dos cuartos, le ha de hacer rabiar su falta. Así aprenderá á no interrumpir á las gentes honradas en sus ocupaciones exponiéndolas á un bochorno. Afortunadamente he notado el descuido á tiempo, si nó estaba yo perdido.

Y diciendo y haciendo se dirigió al ropero que abrió; corrió las tablas, metió é hizo girar la llave maestra en la cerradura de la puerta, empujó esta con la confianza de un amo de casa, y dió algunos pasos hácia el interior de la pieza donde yacia el cuerpo de D. Alejandro.

De repente se detuvo asombrado, dió un grito y quiso huir, pero á su pesar tuvo que permanecer en el mismo sitio en que se hallaba.